

dirima atendiendo a la capacidad de SEGBA de afrontar los aumentos con recursos propios, porque lo único que puede tenerse por seguro es que el Tesoro no proveerá con ese destino ni un solo peso...”

Aunque Krieger Vasena no estaba en el país cuando se le ofreció la cartera -estaba en Suiza- sabía cuáles eran los temas de mayor relevancia y cuando conoció el ofrecimiento comenzó a pensar en las prioridades; el tema salario, atraer capitales extranjeros, nuevo stand-by con el FMI... El nuevo ministro sabía además de antemano que el mundo de los negocios en la Argentina miraría con buenos ojos su designación. Una muestra: a la sola mención de Krieger Vasena la Bolsa trepó raudamente en sus cotizaciones.

Frente a los cambios la CGT, cautelosamente, hizo conocer su opinión: "esperamos que la crisis no represente únicamente un cambio de hombres, sino que sea la modificación real y efectiva de una política equivocada". La cautela de la CGT no la compartían los dirigentes ferroviarios ya que la confirmación del segundo de Lanusse en su lugar, en la secretaría de Transporte, reafirmaba que la política del ahora ministro de Defensa seguía. De tal modo que ya se anunciaba fecha y hora para poner en vigencia los nuevos diagramas. El nuevo reglamento imponía, entre otras cosas, el trabajo discontinuo. Nuevos paros ferroviarios fueron la respuesta.

Mientras los ferroviarios organizaban su resistencia, otra empresa del Estado, SEGBA, acusaba a sus trabajadores de ser responsable de los inconvenientes del servicio, al mismo tiempo que amenazaba con severas medidas al personal que acatase las órdenes sindicales. Es que el Sindicato de Luz y Fuerza, sin respuesta a su reclamo del 41% de aumento, había amenazado con llegar al "corte de energía" si era preciso para defender su salario. El edificio central de SEGBA se convirtió en un campo de batalla cuando la policía intentó disolver a miles de trabajadores que habían abandonado sus tareas y se encolumnaron hasta la sede central empresaria para reclamar por su convenio.

Los diarios de la primera semana de enero dejaron trascender versiones de la Casa de Gobierno, las cuales anunciaban que Onganía ya había firmado el decreto de intervención al Sindicato de Luz y Fuerza, si éstos pretendían extender su protesta.

El conflicto portuario, otra dura espina clavada en el cuerpo del gobierno, tomó un giro espectacular. Eustaquio Tolosa, secretario general del gremio intervenido y reclamado por la justicia, decidió entregarse al jefe de la Policía Federal, el general Mario Fonseca. Tolosa pretendía con esta actitud incentivar el tema en el exterior para que sus pares de la Internacional de Transporte volvieran a decretar el boicot a las naves argentinas. La suma de conflictos preanunciaba la convocatoria al CCC donde seguramente se daría otra vuelta de tuerca frente al gobierno.

TUCUMÁN SIEMPRE ES NOTICIA

Una de las grandes banderas que levantó el gobierno fue el estado de postración en que se hallaba sumido el interior, y muy especialmente Tucumán. A poco más de seis meses de gobierno y a pesar de las ampulosas declaraciones de los funcionarios y la presencia "in situ" del propio presidente, Tucumán había acelerado su crisis, y el clima social era insostenible. Era visible palpar estupefacción y tristeza en los tucumanos. La impotencia, la rebelión eran también una constante. La represión ya era cosa de todos los días, formaba parte del paisaje. El asesinato de Hilda Guerrero era un claro y doliente testimonio.

Los trabajadores tucumanos no se cansaban de repetir un estribillo acuñado en el dolor y las arbitrariedades: "Tucumán no mendiga, Tucumán sí llora, pero con dignidad". Junto a los surcos inmóviles se levantaban las ollas populares, rodeadas de pibes descalzos y andrajosos. Es común escuchar, aún en las calles céntricas, el galopar de los caballos de la policía por sobre los motores de los autos.

Era visible palpar estupefacción y tristeza en los tucumanos. La impotencia, la rebelión eran también una constante. La represión ya era cosa de todos los días, formaba parte del paisaje. El asesinato de Hilda Guerrero era un claro y doliente testimonio.

Tucumán es, apenas, la síntesis de las grandes contradicciones que convulsionaban a la Argentina. Un ejemplo: para la gran prensa los episodios del ingenio San José fueron actos de vandalismo. Para los humildes trabajadoras rurales entrar al ingenio y romper las puertas del depósito fue la única posibilidad de obtener comida, solo comida. Este tema por supuesto no lo entendían los "barones del azúcar": los Arrieta, los Martínez de Hoz, los Patrón Costa, los Nogués, los Minetti...

El precio del azúcar continuaba cayendo pero los tucumanos debían pagar cada vez más por lo que compraban. El deterioro en los términos del intercambio que le dicen... Los tucumanos entendían y aceptaban que había cosas que cambiar o renovar, pero que estos cambios no podían darse simplemente con el cierre de ingenios, sin crear nuevas fuentes de trabajo. Atrás había quedado el esperanzado recibimiento a Onganía. En apenas unos meses, los tucumanos comprendieron en los hechos que ese viaje fue solo parte de una dialéctica estéril, vacía. Para Tucumán no había planes. Su clase empresaria tenía un único objetivo, ver de qué forma lograrían más ingresos. Nada de reconversión de equipos, nada de diversificación de cultivos. Cuidadito con pretender que ellos, los señores, debían reinvertir, al menos, parte de sus ganancias. La especulación financiera era ya la actividad más rentable de Tucumán... claro que para un grupo reducido de vivos. El nivel educacional mostraba hasta dónde había caído. De cada 100 chicos que ingresaban a 1er. inferior, apenas 27 llegaban al 6to. grado. Lo mismo podía decirse en materia sanitaria. Más de la mitad de los tucumanos adultos padecían de tuberculosis y/o parasitosis. Las enfermedades biliares, aún en los jóvenes, las padecían más del 60% de la población. No había presupuesto oficial para mejorar la asistencia sanitaria, y menos aún las personas que las padecían, tenían recursos como para tratarse. Apenas se llegaba al médico público, y cuando éste recetaba un tratamiento rico en proteínas, éste no se cumplía simplemente porque no podían afrontarlo económicamente.

La poderosa FOTIA no aceptaba el planteo oficial: "con el mismo criterio que hoy nos dicen que comprar el azúcar en el exterior sale más barato, el gobierno debería decir primero cuántos impuestos tiene nuestro producto y además, con ese criterio, los argentinos deberíamos dejar de producir automóviles, cigarrillos, etc ...Tucumán no ha sido únicamente la región tradicional de la caña de azúcar, su expansión fue una imposición de las necesidades del país, el cañaveral avanzó en la medida que así lo reclamaba el consumo nacional de azúcar ... lamentablemente se desplazaron a impulsos del cañaveral actividades como el arroz, el trigo y las plantaciones cítricas. El Estado apoyaba exclusivamente el cultivo de azúcar... Hoy todos no acusan por el monocultivo..."

Por las acusaciones del gobierno parecería que los trabajadores eran los responsables de la crisis por su "baja productividad". Pocos aceptaban que el trabajador no creó el problema y que, además, era el más perjudicado por la crisis. Debía trabajar más horas y percibir menos por su trabajo. Poco se ocupaban de los que amasaron enormes fortunas gracias al azúcar, y éstos no eran precisamente los trabajadores. ¿Que los obreros vivían en ranchos? Qué importa. ¿Que los trabajadores no tenían asistencia sanitaria? Bueno... ¿Que para poder subsistir debían sacar los hijos de la escuela y ponerlos a trabajar con ellos en los surcos de sol a sol? Y... era la crisis...

La piedra angular del problema tucumano, como en tantas otras actividades estaba centrada en la intermediación en la cual, por supuesto, los trabajadores no tenían ninguna injerencia.

Hacía ya más de una década que ningún gobierno pudo resolver la crisis tucumana. La violencia en el azúcar, las ollas populares, eran un testimonio de ello... A pesar de las declaraciones, Tucumán se había convertido también para Onganía en un rotundo fracaso. Hilda Guerrero, madre de cuatro hijos y cocinera de las ollas populares, fue asesinada por la policía en un sindicato azucarero. Otros dos trabajadores quedaron heridos de gravedad. El gobernador tucumano creyó que la desocupación se arreglaba con enviar agricultores tucumanos a levantar manzanas al Valle del Río Negro. Esta pretensión del gobierno trajo más problemas. Nadie aseguraba ya que la zafra 1967 pudiese levantarse. Los trabajadores azucareros se preparaban para marchar hacia la Capital. Seguramente contarían con el apoyo, como mínimo, de los

empleados públicos y los jubilados quienes hacía ya más de dos meses que no cobraban sus sueldos. Una marcha con antorchas en el ingenio Santa Lucía creó el clima final. La policía intentó frenarla y cargó sable en mano contra los manifestantes. El gobierno provincial al tomar conocimiento de los hechos tuvo una sola expresión "que se respete el orden por sobre todas las cosas". El jefe de policía, en charla con sus amigos en el bar El Molino, les aseguró que sus tropas usarían las armas si no se le obedecía. La policía entró por la fuerza al sindicato de Bella Vista. Un balazo terminó con la vida de Hilda Guerrero, un nuevo mártir -esta vez una mujer- pasaba a engrosar la ya dura y sangrienta lucha por la justicia social.

El velatorio de Hilda Guerrero conmovió al país. Sus compañeros del ingenio se abrieron paso entre la multitud y pusieron una gran corona en la cabeza del ataúd. Tenía un nombre: Juan Perón. Pocas horas después del entierro de Hilda Guerrero, la policía tucumana detuvo a Andina Lizarraga, figura máxima de la juventud peronista tucumana y vinculada a los uturuncos. Mientras la policía reprimía, la FOTIA intentaba armar un frente azucarero con sus compañeros de Salta y Jujuy. Desde el gobierno apenas si intentaban promesas para mitigar la desocupación, promesas... y golpes. Solo Luz y Fuerza apareció con un acto concreto: donó \$ 500.000.

A miles de kilómetros de distancia de Tucumán, en un hospital de Dallas moría otro testigo clave del asesinato de Kennedy, Jack Ruby. Si Ruby tenía un secreto que confesar, se lo llevó a la tumba. Su abogado sólo pudo decir "no entiendo cómo nadie se dio cuenta que Ruby estaba muriéndose". Ya casi nadie creía en el informe Warren. Ruby fue el personaje que asesinó a Oswald, el presunto asesino del presidente Kennedy, cuando Oswald, era trasladado para declarar. Millones de norteamericanos vieron el asesinato en vivo y en directo y Ruby solo dijo que "asesiné a Oswald porque la viuda y sus hijos sufrían mucho". Tampoco aquí en los EE.UU. se sabe todavía hoy quién realmente mató a Kennedy. Otros testigos continuarán muriendo en extraños accidentes. Tampoco los argentinos pudieron ver cómo era condenado el asesino de Hilda Guerrero.

EL HONOR MILITAR FRENTE A LA HUELGA

En Buenos Aires a pesar de que los ferrocarriles eran comandados por un nuevo funcionario, el general Juan Carlos de Marchi, las cosas estaban lo suficientemente complicadas como para que ese solo hecho eliminase la huelga ya proclamada. El vespertino "La Razón" al informar sobre la huelga sostuvo que "el gobierno estaba dispuesto a movilizar al personal si fuese necesario". Mientras la huelga avanzaba, el Ejército respaldaba firmemente a uno de sus miembros, el general de Marchi, y aseguraba al mismo tiempo que "está en juego el honor del Ejército, la reestructuración se hará". Este enfrentamiento con el gobierno había llevado a que los conflictos internos de la Unión Ferroviaria pasasen a segundo plano. Claro que la realidad estaba allí. Tres grandes corrientes pugnaban por controlar la poderosa Unión: peronismo (L. Pepe), radicalismo (A. Scipione) y comunismo (J. Vázquez).

EL RADICALISMO SE ACERCA A PERÓN

Pero en los análisis y apreciaciones tanto en el campo sindical como en el político, los medios, cualquiera fuese su ubicación ideológica no dejaban de mencionar a Perón generalmente para denostar contra el exiliado caudillo. El periodismo, en general, por un lado estaba intrigado y por otro coincidía en que Perón había decidido "jugar" a dos puntas en el campo sindical: Vandor en un extremo, Alonso en el otro. Para los allegados al ex presidente esta operación de pinzas era fácil de comprender ya que ambas -según explicaba- al cerrarse sobre el gobierno terminarían unificando al sindicalismo y al mismo tiempo fortalecerían la posición del peronismo en el frente político opuesto al gobierno. Un joven radical, Carlos Suárez, que acababa de regresar de Madrid, afirmaba orgullosamente ante los periodistas: "soy el primer radical a quien recibe Perón desde que Onganía tomó el poder". Para Carlos Suárez era muy claro que Perón había iniciado ya una ofensiva de desgaste frente al gobierno y además "Perón era el hombre indicado para encabezar

"Perón era el hombre indicado para encabezar la oposición". Ésto significó que Balbín excomulgara al joven radical por su "actitud inconsulta".